

Domingo 5º. JESUCRISTO RESUCITADO, LA VERDADERA VID EN QUE SE INJERTA Y FRUCTIFICA SU IGLESIA

I. Felipe Fernández Caballero

II. Sagrada Congregación para el Clero

I. MENSAJE CENTRAL

Permanecer en comunión de fe y amor con Cristo, vid verdadera, y producir los frutos de un amor mutuo, no de palabra ni de boca sino con obras y según la verdad, son exigencias indispensables para el progreso y crecimiento de la Iglesia, animada por el Espíritu Santo

Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)

Se advierte el interés de san Lucas por mostrar la profunda unidad que cohesionaba a toda la Iglesia, por encima de las pequeñas diferencias que podían surgir. Lo importante era que el Evangelio fuera uno.

Seguro que Cristo, al emplear la alegoría de la vid, no está pensando en dicotomías: por un lado la Cepa y por otro las ramas. Estaría hablando de Él como la totalidad de la Vid, el Cuerpo total, haciendo verdad la profecía de la Viña-Pueblo de Israel. No es menoscabo del papel de las ramas; es ratificación de que “sin Él no podemos hacer nada”. Si la savia de la cepa o tronco es la única que hay en la vid, ¿qué son los sarmientos sino prolongaciones del tronco para dar fruto? Cuando ningún miembro de la comunidad de la Iglesia intenta “vivir por su cuenta”, la Vid está completa. Si alguien lo pretende, no será nada; será muerte, porque no contará con la única savia-Vida.

Desde el primer tercio del siglo XIX se viene hablando de un Dios que aniquila al hombre, que lo destruye, lo aliena, le impide ser él mismo pero la pregunta que hemos de hacernos es: ¿en qué Dios estarían pensando quienes así hablaban? Desde luego no en el de Jesús. Porque desde el primer momento busca quitar del Dios Verdadero los muchos disfraces que ocultan su auténtico rostro.

LA FE DE LA IGLESIA

— “La Iglesia es labranza o campo de Dios.

En este campo crece el antiguo olivo cuya raíz santa fueron los patriarcas y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles. El labrador del cielo la plantó como viña selecta. La verdadera vid es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros, que permanecemos en Él por medio de la Iglesia y que sin él no podemos hacer nada” (CEC 755; cf. 1988).

— “Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos “el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza” (CEC 736).

— “Sin mí no podéis hacer nada”:

“Jesús dice: “Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). El fruto evocado en estas palabras es la santidad de una vida fecundada por la unión con Cristo. Cuando creemos en Jesucristo, participamos en sus misterios y guardamos sus mandamientos, el Salvador mismo ama en

nosotros a su Padre y a sus hermanos, nuestro Padre y nuestros hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar. ``Éste es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15,12)" (CEC 2074).

_ "Pues, así como la raíz hace llegar su misma manera de ser a los sarmientos, del mismo modo el Verbo Unigénito de Dios Padre comunica a los santos una especie de parentesco consigo mismo y con el Padre, al darles parte en su propia naturaleza, y otorga su Espíritu a los que están unidos con Él por la fe: y así les comunica una santidad inmensa, los nutre en la piedad y los lleva al conocimiento de la verdad, y a la práctica de la virtud" (San Cirilo de Alejandría, In Ev. Joann. lib 10,2).

LECTURAS.

1ª. Una Iglesia que progresa, se construye y se multiplica animada por el Espíritu.

Hch 10, 25-26.34-45.44-48

Oímos el relato de los inicios de la actividad evangelizadora de Pablo. La vid empieza a extender sus sarmientos, injertados en la fe en Cristo resucitado, objeto primordial de la predicación apostólica

La lectura de hoy ha sido elegida cuidadosamente. Constituye el relato de los inicios de la actividad evangelizadora de Pablo. La vid empieza a extender sus sarmientos, injertados en la fe en Cristo resucitado, objeto primordial de la predicación apostólica.

Pero el crecimiento de la comunidad animada por el Espíritu no se realizará sin dificultades: Bernabé, helenista como Pablo, aparece como su valedor ante los recelos que albergan contra él los discípulos de Jerusalén, y que pronto se disiparán al constatar la autenticidad del mensaje del apóstol.

De mayor importancia es la persecución por parte de los de fuera de la Iglesia. Dado que Saulo comienza a seguir las huellas de los primeros apóstoles, predicando valerosamente a Jesucristo como Mesías e Hijo de Dios, le cabe la misma suerte que a ellos y al propio Jesús.

Es un dato subrayado por el libro de los Hechos, que no puede perderse de vista cuando la Iglesia está empeñada en una nueva evangelización: la predicación cristiana, si es auténtica, encontrará siempre recelos y oposiciones.

En este contexto, la afirmación siguiente adquiere toda su importancia y profundidad: cuando la Iglesia se construye y progresa en la fidelidad al Señor, una fidelidad probada en las dificultades, la presencia en ella del Espíritu Santo garantiza su expansión en medio del mundo.

"El Espíritu es también para nuestra época el agente principal de la nueva evangelización. Será por tanto importante descubrir al Espíritu como Aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos" (TMA. n. 45)

2ª. Este es su mandamiento: que creamos y que nos amemos

1Jn 4,7-10

El signo evidente de que "somos de la verdad" es que "no amamos de palabra y de boca sino con obras y de verdad" Este es el primer presupuesto para una legítima paz de la conciencia.

El texto de la primera carta de Juan viene a ser un comentario autorizado del pasaje evangélico de hoy. El sarmiento unido a la Vid ha de producir los frutos de la fe y del amor.

Juan ha presentado el amor mutuo como principio básico y criterio verificador de la autenticidad del cristianismo (3, 11- 17); en oposición al gnosticismo, que se desentendía de las necesidades ajenas y creía haber encontrado la verdad por vía de iluminación y conocimiento intelectual, el evangelista señala ahora que el signo evidente de que *"somos de la verdad"* es que *"no amamos de palabra y de boca sino con obras y de verdad"*, y que éste es el primer presupuesto para una legítima paz de la conciencia.

Un segundo principio tranquilizador de la conciencia lo busca el autor de la carta en la instancia superior a nosotros, en Dios. Él lo conoce todo; su mirada no se complace en los aspectos negativos que de hecho se dan en la existencia del hombre nuevo, no se halla al acecho de las imperfecciones humanas; está muy por encima de nuestras pequeñeces y se complace en la renovación fundamental del hombre que, gracias a su Hijos, se halla en paz con Él (Rom 5,1). De ahí que la subjetividad de la conciencia atormentada encuentre en Dios la atmósfera tranquilizadora, la valoración misericordiosa de nuestro Dios.

Superado el problema de la conciencia nos sabemos cercanos a Dios, aceptados por Él, con la suficiente confianza para dirigirnos a él en la oración con la garantía de ser oídos. Dios atiende la oración del que cumple sus mandamientos; el evangelio va a decirnos lo mismo: *"Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseéis y se realizará"*

Es importante subrayar el intercambio entre el singular y el plural en este punto. El plural, los mandamientos, casi siempre se halla sintetizado en el singular, en el mandamiento del amor. En esta ocasión, el mandamiento único se desdobra en dos: fe y amor: *"que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó"*. Creer y amar. Son los dos frutos esenciales que produce la inserción de los sarmientos en Cristo, la verdadera Vid. *"¿Se consolida, en la Iglesia universal y en las Iglesias particulares, la eclesiología de comunión de Lumen Gentium?"* (TMA. n. 36)

Evangelio: "Permaneced en mí y yo en vosotros"

Jn 15, 9-17

El verdadero Israel, plantación del Padre, se encuentra allí donde estén los hijos de Dios, engendrados por el Espíritu, unidos al Mesías. La Iglesia es el nuevo y verdadero Israel, "la viña que su diestra plantó".

Juan trata de mostrar lo que ha de ser la Iglesia del Resucitado. El vocablo clave de este texto evangélico es *"permanecer"*. El verdadero discípulo, la comunidad cristiana, ha de permanecer en la palabra de Jesús o en Jesús en cuanto Palabra. Para expresar esta relación vital, utiliza la metáfora-alegoría de la vid y los sarmientos.

El Antiguo Testamento conoce el simbolismo de la vid y lo aplica a Israel, plantación de Dios, pero viña infiel, y es utilizado para subrayar las exigencias de fidelidad a la Alianza y de fecundidad por parte de un pueblo que menospreció la alianza y no produjo los frutos esperados por el viñador. Mateo recoge la siguiente afirmación de Jesús: *"Toda plata que no haya plantado mi Padre será arrancada de raíz"* (Mt. 15, 3).

El verdadero Israel, plantación del Padre, se encontrará ahora allí donde estén los hijos de Dios, engendrados por el Espíritu, unidos al Mesías. La Iglesia es el nuevo y verdadero Israel, *"la viña que su diestra plantó"*.

Pero la salvación no se opera de modo mágico: es necesario *"permanecer", "dar frutos", "guardar los mandamientos"*. Se destaca la comunión profunda, la compenetración vital entre el Redentor y los redimidos. Sólo damos fruto insertos en la Iglesia, unidos íntimamente a Cristo, vid verdadera.

El lugar en que se encuentra esta alegoría, en el conjunto del evangelio, es intencionado: se halla a media distancia entre el lavatorio de los pies y la oración sacerdotal, entre el gesto de Jesús en que expresó que *"habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin"*, y las palabras de despedida impregnadas del misterio de su muerte y preparatorias del misterio de la eucaristía. El símbolo de la vid alcanza su eficacia y su representación adecuada en el misterio eucarístico: es ahí donde la comunidad reunida experimenta la presencia del Señor Resucitado, la permanencia en él de los participantes, la eficacia santificadora de la oración y el crecimiento de los frutos de la fe y del amor mutuo.

Oraciones de la Misa.

Hacen referencia a *los frutos de los sacramentos pascales*:

- * redención y filiación divina (colecta)
- * participación en la divinidad (oración sobre las ofrendas)
- * abandono de la condición pecadora y anticipo de la novedad de la vida eterna

(poscomunión)

HOMILÍA

En este domingo de pascua, el evangelio nos muestra simbólicamente a Jesucristo Resucitado como la vid en la que se injerta y fructifica la Iglesia. El libro de los Hechos vincula la construcción y el progreso de la comunidad cristiana, animada por el Espíritu Santo, a la fidelidad a su Señor. Y la primera carta de Juan la exhorta a producir frutos de amor mutuo, no de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad.

El Antiguo Testamento había utilizado el simbolismo de la vid y lo había aplicado a Israel para subrayar sus exigencias de fecundidad y fidelidad a la Alianza. Según Isaías, Dios amó a su viña y la hizo objeto de sus desvelos; pero, en lugar de los frutos de justicia que esperaba, ésta le correspondió con los agravios de la injusticia y de la sangre derramada: *"Esperaba alegría, y ahí tenéis: lamentos; esperaba justicia, y ahí tenéis: asesinatos"*. Y Jeremías anuncia que Israel, plantación de Dios, se ha vuelto estéril y va a ser arrancada y pisoteada. Días vendrán, no obstante, en que la viña prospere bajo el cuidado vigilante del labrador.

El evangelista San Marcos nos ha dejado un resumen de la historia de aquel pueblo elegido: Dios no cesó de aguardar los frutos de la viña, pero los viñadores, en vez de respetar a los que iban a recoger los frutos en su nombre, los maltrataron. Les envía a su Hijo y, en respuesta, los jefes del pueblo llegaron al colmo de su infidelidad: empujaron fuera de la viña al heredero y lo mataron. Los culpables son castigados, pero la muerte del Hijo inauguró una nueva etapa del designio de Dios: la viña, confiada a unos viñadores fieles, dará finalmente sus frutos.

Jesús va a ofrecer al dueño de la viña, los frutos que le negó Israel. Él es la viña fecunda, él es el verdadero Israel. Cuidado y podado por el Padre, destinado a dar fruto y fruto abundante, sólo él puede definirse con estas palabras: *"Yo soy la verdadera vid"*; pero añadiendo a continuación con referencia a sus discípulos: *"Y vosotros, los sarmientos"*. La cepa puede existir sin los sarmientos, pero los sarmientos que permanecen en la vid forman con ella una unidad indivisible: la vid verdadera es Cristo, pero lo es también su Iglesia, injertada en él. Desde su

Resurrección, Cristo Vid sólo producirá frutos de vida eterna si lo producen los sarmientos en comunión con él: *"Yo os he enviado para que vayáis, y deis fruto, y vuestro fruto dure". "Sin mí, no podéis hacer nada"*

Parece inverosímil, pero en la vid verdadera pueda haber sarmientos que no llevan fruto; los hay, por desgracia: son aquellos que se han incorporado a Cristo por la fe y el bautismo, pero no reciben de lleno la corriente de su influjo vital. Una fe débil, inconsciente, adormecida, carece del vigor necesario para hacerse operativa en el amor, para rendir los frutos esperados de justicia y santidad verdadera, y pronto o tarde esos sarmientos acabarán por secarse y ser cortados: *"Todo sarmiento que en mí no lleva fruto lo arrancan"*. No hay alternativa: o permanecer unido a la vid, o ser arrojado al fuego; el sarmiento no sirve para otra cosa. Estas palabras de Jesús no son amenaza, sino llamada a que tomemos en serio la tarea de hacer fecunda a la vid.

Con la brusca salida de Judas, se había cortado de la vid el único sarmiento estéril del grupo apostólico. Ahora puede decir Jesús al grupo de sus apóstoles: *"Ya vosotros estáis limpios, por las palabras que os he hablado"*. Cuando la palabra de Cristo es escuchada, encierra una enorme fuerza purificadora. Pablo pudo afirmar que *"el evangelio es fuerza de Dios ordenada a la salvación para todo el que cree"*. Por la palabra de Cristo, los discípulos han sido podados para dar más fruto, han sido separados del mundo y puestos en comunión con el Padre.

De la purificación interior por la palabra de Dios nace una exigencia imperativa: *"Permaneced en mí"*. No dice Jesús: "Estad en mí": se dirige a quienes están incorporados a la cepa, y en virtud de esa unión forman ya con ella una sola vid, y les dice: responded a la gracia recibida, creed en mí y en mi palabra, cifrad en mí y en mis promesas vuestra esperanza, orientad hacia mí toda la capacidad de amor de vuestro corazón.

Tal es el misterio de la vid verdadera: expresa la unión fecunda de Cristo con su Iglesia y la gloria que de esta unión recibe el Padre. *"Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos"*

Jesús, la vid verdadera, produjo su fruto con la entrega de su vida, con su sangre derramada como prueba de su amor. El vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, será en el misterio eucarístico el signo sacramental de la sangre de la alianza nueva y eterna. Beber del fruto de la vid será también el signo de nuestra permanencia con Cristo en el amor y, finalmente el anticipo del día en que beberemos con Él el vino nuevo en la mesa del Reino de Dios.

O bien:

Radio Vaticano

"Yo soy la verdadera vid"

La predicación del Evangelio, según el evangelista San Marcos, dio comienzo con estas palabras de Jesús: "El tiempo se ha cumplido, está ya presente el Reino de Dios. Haced penitencia y creed en el Evangelio" (Mc 1,14-15). Más tarde, cuando ya le seguían sus discípulos y las muchedumbres se reunían para escucharle, poco a poco y por medio de parábolas, les explicaba "el misterio del Reino de Dios" (Mc 4,11). Siempre y en todo caso, Jesucristo se refería a una realidad misteriosa, que trasciende todas las de este mundo visible.

Esa realidad es la misma vida de Dios, presente en Jesucristo; de la cual él nos hace partícipes, en virtud de su muerte y su resurrección. Nos lo dice hoy el Señor con una de las imágenes más bellas, de las que echa mano para llevarnos a la inteligencia del misterio: "Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador... Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que

permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante" (Jn 15,1-8). Hay una comunidad de vida entre Jesucristo y nosotros sus discípulos; los que, por la fe y el bautismo, hemos sido injertados en él como miembros de su Cuerpo. San Pablo lo explicará después, echando mano a la realidad humana, nuestro propio cuerpo: "Así como nuestro cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros....así nosotros, siendo muchos, no formamos mas que un solo cuerpo en Cristo" (Rom 12,4-5).

La vida de Dios en nosotros: tal es la gran realidad, tal es el gran misterio, tal es el gran tesoro. Su valor supera todos los tesoros de este mundo. La realidad que trasciende todas las posibilidades de los hombres, individual y colectivamente considerados. Se trata de la vida; mas no de la vida natural, ésta que se nos ha transmitido por la generación y el amor de nuestros padres. A esta otra hemos nacido "por el agua y el espíritu" (Jn 3,3-5). Por ella somos "hijos de Dios y herederos de su reino". El que la tiene produce frutos de vida eterna.

Afirma hoy el Señor: "El que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque, sin mí, nada podéis hacer". Fuera de Jesucristo, no sería posible que nosotros participáramos de la vida de Dios; nosotros somos puras criaturas. También dijo Jesucristo en otra ocasión: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna... El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él" (Jn 6,53-57). La Eucaristía es el alimento que mantiene en nosotros la vida sobrenatural, recibida en el bautismo. Jesucristo, el Hijo de Dios, engendrado por el Padre. Hijo natural y único. Toda la vida del Padre esta en el Hijo. Y el Hijo se hizo hombre, para librarnos de la esclavitud del pecado y hacernos partícipes de su misma vida divina. Es éste, y no otro, el misterio de la vida cristiana. Nos la revela el Señor con sus palabras: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos". Dice San Pablo. "Todo es gracia" (Rom 4,16). Y él mismo nos enseña: "La gracia de Dios ¿el don gratuito de Dios? es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rom 6,23). Frente a los judíos, orgullosos de la Ley, que sostenían merecer la salvación de Dios por sus obras, insistía el Apóstol: "Si por gracia, ya no es por las obras; de otro modo, la gracia no sería gracia" (Rom 11,16).

También San Agustín, en su tiempo, tendrá que insistir en esta gratuidad del don de Dios. Nadie puede merecerlo. No es extraño que él, al comentar la misma pagina del Evangelio que nosotros comentamos hoy, exclamara: "Magnae gratiae comendatio". Esta de la vid y los sarmientos es una "imagen viva de la gracia... Los sarmientos de la vid son tanto más despreciables fuera de la vid, cuanto son más gloriosos unidos a ella" (Trat. 81,2?3).

No dijo el Señor: "porque sin mí poco, o muy poco, o casi nada", sino que dijo: "porque sin mí nada podéis hacer". Es necesario que oigamos con humildad esta palabra y la meditemos detenidamente en nuestro corazón. Ni los judíos del tiempo de San Pablo, ni los pelagianos en el de San Agustín, ni los hombres de nuestro mundo moderno y postmoderno, que pretenden bastarse a sí mismos para ser honrados y alcanzar todas las metas, han encontrado el camino. El camino es Jesucristo; no hay otro, y fuera de él no hay salvación posible para el hombre.

"El que permanece en mí y yo en él, da fruto abundante". Una vez que Jesucristo nos comunica la vida de Dios y tenemos acceso a los bienes del reino de los cielos, es necesario permanecer en él. Y aquí sí, aunque todo sigue siendo gracia, aunque todo es don de Dios enteramente gratuito, es necesario permanecer en Jesucristo por la fe y el amor. Este es su mandamiento ¿ha escrito San Juan y leemos hoy? que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, como él nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él" (1Jn 3,23-24).

Esta lección, queridos hermanos, es esencial para entender la antropología cristiana. Quiera el Señor que todos nosotros, y todos los hombres de nuestro mundo, acertemos a entenderla y a vivirla. Pidámoslo a María, la llena de gracia, la Madre de Jesucristo y Madre de todos los

hombres".

II. Sagrada Congregación para el Clero:

NEXO entre las LECTURAS

"Permaneced unidos a mí, como yo lo estoy a vosotros", nos dice Jesús en el evangelio. La unidad es el tema dominante en los textos de este domingo. Unidad en primer lugar entre Cristo, la vid, y los cristianos, los sarmientos (evangelio). Unidad entre los cristianos entre sí, independientemente de su historia pasada y de su procedencia, como en el caso de Pablo (primera lectura). Unidad entre las palabras y los hechos, para lograr esa unidad interior de la conciencia, que está tranquila ante Dios (segunda lectura).

MENSAJE DOCTRINAL

La unidad fundante.

En el judaísmo la vid simbolizaba las difíciles relaciones entre Dios y su pueblo Israel durante doce largos siglos. Esta relación se fundaba sobre todo en tres elementos: la Tierra, la Torah y el Templo. Sobre las columnas del templo se podía ver la vid en relieves, símbolo del pueblo de Israel en presencia de Yahvéh, su Dios. Jesús retoma esta imagen, pero cambiando su sentido. Ahora es él la vid, no Yahvéh. Y los sarmientos no son ya el pueblo de Israel, sino los creyentes en Cristo. Dios, el Padre de Jesús, no queda al margen del símbolo, pero ahora es el viñador. En otros términos, es el Padre quien ha enviado a Jesús a este mundo y en él ha puesto el fundamento de toda verdadera unidad. Él es el punto de unión que funda cualquier otra verdadera unión entre los hombres, "porque sin mí no podéis hacer nada". La unión eclesial, familiar, religiosa, política..., que quiera ser calificada de auténtica, estable y fecunda, no puede dejar al margen la realidad de Cristo, clave de bóveda de toda existencia individual o colectiva. En ese sentido, el cristianismo no es sólo una opción que apela a la libertad, es una exigencia de identidad y de progreso, que apela al sentido común.

La unidad eclesial.

Cuando Pablo, después de convertido, se presenta en Jerusalén, los cristianos le tienen miedo, se apartan de él, porque no acaban de creerse lo de su conversión. Gracias a Dios interviene Bernabé, que lo presenta a la comunidad, certifica de su conversión y de su celo en la predicación del Evangelio de Jesucristo en Damasco. Pablo entonces es recibido en la comunidad, se integra en ella, y puede dedicarse con libertad a su labor de evangelización, sobre todo entre los judíos de procedencia helenista. Es evidente que desde los inicios los apóstoles tomaron conciencia de que la Iglesia era una sola y que todos los que de ella formaban parte estaban unidos en la misma fe y en el mismo celo ardiente por predicar el nombre de Jesús en todas partes. Aunque Pablo se convirtió a Jesús en Damasco y allí recibió el bautismo, es bien recibido en Jerusalén, como luego lo será también en Antioquía y en Roma, porque la Iglesia es una sola en la diversidad de lugares y de culturas. Así fue desde los comienzos, así ha continuado siendo y lo es todavía. Los cristianos de hoy, ¿seremos capaces de poner, por encima de las tensiones internas, la unidad de la Iglesia? ¿Seremos capaces de disponernos para que Dios nos otorgue el don de la unidad de todos los cristianos?

La unidad interior.

San Juan en la segunda lectura nos exhorta a que "no amemos de palabra ni con la boca, sino con hechos y de verdad". Debe haber unidad entre lo que pensamos y decimos y lo que realmente hacemos. Sin esa unidad estaremos internamente divididos, en una incoherencia maligna que nos irá carcomiendo la conciencia. Es decir, el cristiano debe tener una conciencia unificada, sin resquebrajaduras ni divisiones, para que pueda estar tranquila delante de Dios, "guardando sus mandamientos y haciendo lo que a él le agrada". Es verdad que no siempre el cristiano actúa de modo coherente, y con ello la conciencia le remuerde y le condena. Entonces sabemos que "Dios es más grande que nuestra conciencia" y que, por lo tanto, puede de nuevo reestructurarla,

unificarla. Es una invitación estupenda a la confianza en la acción de Dios y en el poder misterioso del "Espíritu que nos ha dado". Unidad interior, fruto de la fidelidad a la Palabra de Dios y a sus mandamientos.

SUGERENCIAS PASTORALES

Unidos, aunque diversos.

Ante todo, la unidad intraeclesial. Los católicos hemos de estar unidos afectiva y efectivamente, unidos con la Jerarquía eclesiástica, unidos entre nosotros mismos. Unidos en el mismo fin y destino, aceptando y respetando el pluralismo de opciones pastorales, manteniendo la unidad sustancial. ¿Es posible que haya diócesis, parroquias que no permitan la acción de grupos eclesiales aprobados por la autoridad de la Iglesia? ¿No es verdad que es mucho lo que todavía se puede hacer en el campo de la colaboración entre diócesis, parroquias, congregaciones religiosas, movimientos eclesiales? El enemigo es fuerte. Si no nos unimos, seremos con toda seguridad derrotados, habiendo gastado tal vez muchas energías en cuestiones inútiles o de poca monta. Y saldrá perdiendo la proclamación eficaz del Evangelio, y seremos ocasión de escándalo, más que de edificación. Amemos la unidad, busquemos la unidad, por encima de tantas pequeñas diferencias insustanciales.

La colaboración ecuménica.

A la unidad intraeclesial, hay que añadir la unidad de las diversas Iglesias separadas: el diálogo, la colaboración ecuménica. Un proceso lento, pero irreversible, porque está empeñado en él, más que los hombres, el mismo Dios, el "Espíritu que habla a las Iglesias" y las impulsa incontinentemente hacia la unidad. Los pasos que se han dado y se van dando, son pequeños, pero seguros. Hemos de crear una mentalidad "ecuménica" en nosotros mismos, en nuestras comunidades religiosas, parroquiales... La unidad es un gran bien que Dios nos quiere regalar. Oremos para acogerlo con gratitud y con amor.

Dar frutos.

Unidos a la fuente de la vida y de la santidad que es Cristo, unidos como hermanos en la misma fe y en la única Iglesia, unificados en el interior de nuestra conciencia, daremos frutos. Porque de la unión nace la fuerza, nace la eficacia. Y dar frutos es un imperativo de nuestra fe, de nuestra vocación cristiana. ¿Qué frutos? Ciertamente y en primer lugar, frutos de santidad, de riqueza espiritual en el corazón, de transparencia divina en nuestro ser y actuar. Frutos, luego, de solidaridad, de colaboración, de justicia, de respeto mutuo, de entrega a los más necesitados, de benedicción, de bondad en el trato, etc. ¿Cuáles son los frutos que a ti Dios te está pidiendo ahora? ¿Cuáles son los frutos que Dios pide a nuestra parroquia, a nuestra comunidad? "Por los frutos los conoceréis". Por los frutos se sabrá si estamos unidos a Cristo, si permanecemos en su amor.